

estreñimiento pertinaz: «A estas alturas, si no ingiero laxantes no deyecto y si los ingiero a diario irrito el colon. ¡Terrible alternativa!» (págs. 90-91). Detalles como el indicado, que nos provocan no sólo la sonrisa, sino también la carcajada —sobre todo pensando en la reacción de la andaluza—, menudean en las cartas y tienen su punto álgido —orgiástico y pringoso— en la descripción del sueñecito o plácida modorra que suele invadir a Eugenio después de comer: «La cabezada dura poco, minutos, pero duermo profundamente y con un regodeo tal que al despertar me doy cuenta de que he babeado. Babear durante el sueño es indicio de placidez...» (pág. 114).

Sin que esos amores hayan podido tener una realidad más allá del papel, Eugenio ha dado rienda suelta, entre otras cosas, a la confesión de sus esclavitudes orgánicas, en bata y zapatillas, con la sinceridad recelosa y terca del que prefiere curarse en salud y avisar a ser traidor. Mediante la palabra escrita ha reproducido, con espanto de la viuda, la cara oculta que corresponde a las sorpresas de un trasfondo matrimonial. Y, claro está, como la felicidad es imposible —la vana esperanza, en este caso, de que nunca es tarde si la dicha es buena—, el amor y el entusiasmo quedan ahogados de raíz.

En definitiva, ese colofón de desdicha, vergüenza y soledad era lo que podíamos esperar —y, si no, no habría novela—: es el Delibes auténtico, que nos guiña un ojo burlón, muy a tono con su obra de siempre, sin perjuicio de que a lo largo de sus libros nos haya hecho reír y pensar, y ofrecido el realismo de unos personajes inolvidables.—PEDRO CARRERO ERAS (*Modesto Lafuente*, 78. MADRID-3).

## Fermín Cabal, algo más que un dramaturgo \*

Coincidiendo con la presentación en Madrid de su último espectáculo, *Vade retro!*, aparece este primer libro <sup>1</sup> que recoge junto a esa obra dos de sus anteriores estrenos. Uno de los más cualificados hombres de nuestra nueva escena, Fermín Cabal no es escritor de literatura, según él mismo aclara, sino un hombre de teatro, y que entre sus trabajos está, naturalmente, presentar un texto, pero como también lo está del mismo modo la escenografía, el montaje, la dirección. Su formación en el teatro total, como podría llamarse, creo que se nota decisivamente. Es este conocimiento, esta sabiduría que aporta la nueva generación de hombres de teatro lo más sobresaliente de su contribución. Los grupos independientes, además de ser el único canal de expresión que encontraron a su alcance, fue la gran escuela de aprendizaje, en donde las cosas se hacían colectivamente, se intercambiaban opiniones y experiencias. Todo lo que supuso la compañía colectiva quedó reflejado en un coloquio que se publicó

---

<sup>1</sup> FERMIN CABAL: *Tú estás loco, Briones. Fuiste a ver a la abuela???*, *Vade retro!* Editorial Fundamentos, Madrid, 1982.

hace un par de años en la revista *Primer Acto*, en el que junto a Fermín Cabal intervenía su compañero de programación en el María Guerrero, José Luis Alonso de Santos (ambos redactores de la revista), y otros profesionales surgidos al amparo de esta concepción del teatro. En el caso concreto de Fermín Cabal su vinculación con el cine ha enriquecido aún más sus aportaciones.

Dados los escasos medios con que contaban estos grupos, suele ponerse en pie una única escenografía. Las escenas son consecutivas, sin que pasen espacios de tiempo entre ellas. Sin embargo, sí podrá existir una gran profusión de personajes siempre que se necesite, dado que un mismo actor realizará varios papeles, circunstancia no frecuente en el teatro comercial de grandes compañías, aunque ya es hora de que también lo vayan haciendo.

De la misma manera le saldrá a Cabal un teatro muy poco intelectualizado, elogio que, por cierto, no le gusta demasiado. Pero al decir poco intelectualizado lo que se quiere manifestar es que está formado por efectismo inmediato, que suprime en lo posible la complejidad. Los textos de Fermín conectan de una forma muy directa con el público, y yo, que estoy por el teatro de mayorías, por el teatro masivo, lo celebro ampliamente. Y me parece que una gran obra puede, incluso debe, ser sencilla. La eliminación de referencias oscuramente simbólicas constituye uno de sus mayores aciertos. A esto ayuda de forma determinante la envidiable agilidad y soltura de sus diálogos. También, su realismo, que no debe entenderse jamás como copia de la realidad. E independientemente de que desde su primera obra demuestra un gran talento, demuestra también que en cada ocasión va a más, en una progresión importante.

Un teatro francamente entretenido, que es lo primero que ha de ser todo teatro. Teñido a veces por una lámina de humor muy fino, que se queda en ocasiones en una sutil ironía. Nada doctrinario, aunque la doctrina esté presente en cada párrafo, y, sobre todo, nada maniqueo.

*Tú estás loco, Briones*, estrenada en 1978 en Logroño bajo la propia dirección del autor, nos pone en escena un falangista de los ahora llamados nostálgicos. Por su furibunda exaltación, es internado en un psiquiátrico, cuyos procedimientos para «curar» una vez más se cuestionan. En cambio, adentrándonos en la personalidad de Briones, llegamos a comprender, si no justificar, sus posturas y sus motivos, y, desde luego, lo injustificado de su internamiento. Al menos, si ser ultra exaltado es una locura, hay bastante locuras más fuertes y más peligrosas que no se las somete a encierro. Que un hombre como Fermín Cabal, radicalmente opuesto a esas posturas, trate de hacernos entender a Briones, da una evidente prueba de su limpieza ética. Trata de derribar la frontera tan estúpida de buenos y malos en virtud de posiciones ideológicas. Pero quien sí merece reprobación es el arribista, el intrigante, el chaquetero constante, el clásico camaleón, que lo único que busca es conservar siempre el puesto más privilegiado posible. Precisamente, lo que originará el abandono de Briones y su presunta vuelta a la normalidad es, en buena parte, el desencanto que sufre ante tanta deserción, y por tanto, el sentimiento de haber estado perdiendo su vida.

La figura de Briones, presentada de una manera siempre amable, sin acritud, buscando constantemente un orden que ha perdido y que ya no va a encontrar, nos

produce una sensación de desvalimiento, de lástima. No nos propone Cabal un modelo de caricatura, que siempre es una crueldad, aunque en algunas ocasiones sea tan necesaria, tan acertada, tan efectiva, tan brillante, como las que hace Darío Fo. Y efectivamente, la violencia de Briones remite cuando, en vez de tratarle con más violencia o con paternalismo —que también es una agresividad— le tratan como a una persona a la que hay que ilusionarse por la vida, como lo hace en todo momento la monja del psiquiátrico. Alimentarle al menos de sueños. Y sobre todo, no quitarse de encima el problema, diciendo que todo está producido por el stress, que si es la enfermedad de nuestra civilización, cualquier excusa de moda, pero que no resuelve nada.

Estrenada en Madrid el año 79, *Fuiste a ver a la abuela???*, representa una búsqueda de nuevas formas teatrales, rompiendo el espíritu sintético de la anterior. A mí, personalmente, es la que menos me agrada de las tres; creo que la tensión dramática, llámese emoción si se quiere, que contenía *Briones* y que va a superar después *Vade retro!*, está un poco desvaída en ese experimentalismo. En todo caso, tiene una innegable habilidad para ir ligando los sucesivos planos, a veces, desde luego, con una enorme gracia expresiva. Siento no haberla visto en escena, porque, más que nunca, es una obra para ver mucho más que para leer. Además, sería enormemente interesante contemplar el desenvolvimiento de los actores, pues este espectáculo es todo un reto para el actor, en donde ha de demostrar su versatilidad y su capacidad histriónica al máximo. Luces, oscuros, regresiones, alternancias de diversas situaciones y enfoques, todo un juego escénico donde nos convence de su absoluta sabiduría en arquitectura teatral. Y, por supuesto, de su gran talento. Un diálogo siempre justo, atinado en cada momento, llega a un grado de perfección un tanto sorprendente para su juventud. Quizá la acumulación tan excesiva de sugerencias pueda abrumar al espectador. Pero también está más abierto a la fantasía y al lirismo.

Y, en efecto, la obra tiene una lectura política, una lectura generacional, una lectura psicológica —me da un poco de reparo escribir psicoanalítica—, una lectura pedagógica, y más que se quieran ver, rebozadas todas ellas de símbolos. El esquema de correspondencias: el padre y el maestro, la represión, cada uno con un diferente sentido y motivación; la abuela, la tradición; la madre, el servicio, el sacrificio callado; la infancia, la búsqueda. Latiendo detrás de estas asimilaciones, el binomio resignación-lucha, o si se prefiere, estatismo-cambio. El deseo de adquirir otras ilusiones y romper la rutina y el fatal fantasma de lo inevitable contra el conformismo y el «así tiene que ser». Aquí ya se cuestiona, como digo, el problema generacional que tan bien va a desarrollar en *Vade retro!* La represión política y educativa, que conforman un mundo de tabúes y de miedos, acentuando las contradicciones internas de los personajes para mostrar en toda su evidencia la atmósfera de inseguridad y de confusión en las que se desenvuelven.

En *Vade retro!*, apoyada en sólo dos personajes, hay un notable esfuerzo de estilización. Es difícil encontrar en la actualidad un drama tan completo, tan rico de matices, tan redondo, en definitiva. A Fermín Cabal no se le escapa ningún mínimo detalle escénico. Las acotaciones del texto, de las que tan raras veces se habla, lo puntualizan de manera magistral.